

Capítulo Cuatro -

Persiguiendo la Luz del Sol

Jonathan inhaló el aire frío con alivio al abandonar su fundo por última vez. Todos los preparativos estaban completos; sus esfuerzos finalmente habían dado frutos. Una ráfaga de viento atravesó las calles de Beacon mientras acercaba su maleta a la Waiting carriage, lo que lo obligó a sujetar su sombrero con fuerza en la cabeza. Los transeúntes se inclinaban de manera tambaleante para mantener el equilibrio, mientras los robustos hombres que cargaban pesadas cajas en el vagón atado a la carreta cojeaban como recién nacidos. Periódicos descartados y restos de envoltorios volaban en el aire, fuera del alcance de las farolas, y nunca serían vistos nuevamente. Agnes se estremeció cuando la primera página del Beacon Times golpeó en el buzón al pie de la escalera, rajándose y ondulándose en la vendaval.

“Tenga cuidado, señor.” Le dijo Agnes a Jonathan, casi gritando y sujetando sus faldas. La ráfaga de viento bajó por un momento, y Agnes corrió rápidamente para tomar una de sus manos con ambas. “Vuelva pronto, ¿me escucha?”

“Así lo pienso,” mintió Jonathan, sonriendo para tranquilizar a su ama de llaves. “Pero por si acaso, me aseguré de que usted y Johann estén bien atendidos.” La mayor parte de su colección había sido vendida discretamente para garantizar un colchón contra futuros imprevistos, y quedaba muy poco en los muros de su fundo. Al principio no estaba seguro de que hubiese suficiente para sus sirvientes, pero descubrió que no era un problema. En comparación con el enorme gasto de reformar una nave aérea, asegurarse de que sus dos sirvientes contaran con un fondo de emergencia suficiente y la protección legal que eso requería, era prácticamente una nimiedad.

“Todo listo, señor,” dijo el jefe de porteros, un hombre corpulento sin cuello y rostro pancake. Hablaba exactamente como parecía, pero la eficacia y rapidez con que ató las cargas de Jonathan en la carreta demostraron que era más astuto de lo que aparentaba.

“Excelente,” dijo Jonathan, entregando el pago junto con una propina adicional, y desligándose cuidadosamente de Agnes con algunas palabras de consuelo. Finalmente, subió a la carreta y Johann comenzó a avanzar hacia el Puerto del Cuartel. A distancia, Jonathan pudo distinguir la silueta del Endeavor brillando bajo los reflectores del puerto, largo y elegante.

Eleanor había frustrado varios intentos de sabotaje en los meses anteriores, ninguno de ellos revelando a nadie de peso. Algunos celosos, al menos una persona con rencores contra Crowley, Stanford y Moore en lugar de Jonathan, y sin que volviera a aparecer quien dejaba pequeños dispositivos de vidrio en los tanques de zint. A pesar de las garantías de Eleanor, él seguía preocupado por algo que no habían detectado.

Reflexionaba sobre ello mientras la carreta avanzaba y crujía por las curvas hasta llegar al Puerto del Cuartel, Johann guiándola hasta detenerse en el paternoster. Antomine ya estaba allí, una figura pálida rodeada por dos altos Guardias Lux y conversando con varios aviadores. También vestían de blanco, y cada uno llevaba la máscara plana y sin expresión que usan todos los Guardias Lux, lo que los hacía anónimos y les otorgaba una apariencia inquietantemente idéntica.

“¡Señor Heights!” Antomine volvió a su actitud juvenil, alegre y entusiasta. En esa luz, la pareja de soldados parecía más como acompañantes que como agentes de la ley, aunque Jonathan sabía que no era así. “Estoy ansioso por partir. ¿Dónde está su compañera?”

“Estoy seguro que llegará a tiempo, señor Antomine,” dijo Jonathan, reprimiendo su irritación porque Antomine ni siquiera había esperado a que saliera completamente de la carreta. Asintió a Johann, señalándole con la palma de la mano que esperara un momento, y luego hizo señas al grupo de aviadores con uniforme azul que esperaba para llevar sus cargas. Algunos eran altos y fornidos, otros cortos y ácidos, pero todos trasladaban con destreza las cajas empaquetadas desde el remolque a los carritos de mano, fruto de larga experiencia.

De hecho, Jonathan ya había divisado a Eleanor y a sus acompañantes, y finjió estar sorprendido cuando su carretón se detuvo junto al muelle, jalando un remolque y un conjunto aún mayor de cajas que las que Jonathan había traído consigo. En el bullicioso caos donde Eleanor salió y comenzó el proceso de transferir su equipaje al paternoster, Jonathan intercambió unas palabras en silencio con Johann. Su cochero era más estoico que Agnes, pero era evidente que también le preocupaba el regreso de Jonathan.

“No te pongas a buscarte la muerte,” dijo Johann con tono brusco. “He leído todas esas novelas de aventuras. No es seguro allá afuera.”

“No te preocupes,” dijo Jonathan, ignorando el hecho de que las novelas solo tenían un leve parecido con la realidad. “Estaré bien.” Se estrecharon la mano cuando la última caja fue descargada del carretón, y observó hasta que Johann desapareció entre las luces brillantes de la ciudad.

Se acercó al paternoster, con la caña golpeando el adoquinado de piedra en vez de la madera del elevador, observando cómo Eleanor y sus sirvientes supervisaban la transferencia de su carga. Sus acompañantes parecían más criadas que guardias, una alta y de tez clara, otra baja y oscura, pero en general completamente olvidables y casi tan anónimas como los hombres de Antomine. Estaban impecablemente arregladas, como corresponde a las sirvientes de una noble, aunque había una cierta aura de peligro en ellas. Quizá no tenían los talentos de Eleanor, pero existían muchas formas de ser mortíferas.

En tiempos pasados, habría habido una multitud reunida. No una grande, pero sí personas que les desearan buena suerte al partir hacia lo desconocido. Esta vez, no había nadie. Solo La Corona y el Consejo Espejado se preocupaban, y sus agentes tenían menos amigos que él. La derrota de su última expedición, y las muertes de todos los implicados, salvo él, habían destruido todas sus conexiones sociales.

“Nunca he viajado en un dirigible de largo recorrido,” comentó Antomine, uniéndose a Jonathan mientras los aviadores cargaban lo último de la carga de Eleanor.

“Yo tampoco,” coincidió Eleanor al unirse a ellos. Ni ella ni Antomine presentaron a sus respectivos guardias. Al asegurarse de que todas las personas y cargas estaban a bordo, el operador accionó una palanca y el paternoster empezó a moverse con brusquedad.

“Eso se agotará pronto,” les aseguró Jonathan. “Aunque deberíamos detenernos con suficiente frecuencia.”

“Bueno, claro, no puedo imaginar cuánto nos perderíamos—” Eleanor se detuvo de repente mientras la brisa que rozaba sus rostros se volvía cálida, cargada con el dulce aroma de frutas exóticas y especias tentadoras. “Verdeviento,” dijo, entrecerrando los ojos hacia la brisa. “Eso parece una señal favorable.”

Los capullos de semillas blancos como nubes, del tamaño de carruajes, flotaban hacia la luz, portando semillas del tamaño de niños. El viento proveniente del Expanse Verde, aquel enorme bosque atravesado por volcanes, anunciaba la llegada de la primavera y rompía la fría dureza del invierno. La mitad de las telas en la ciudad estaban tejidas con el fino vellón que proporcionaba esa gran inundación primaveral, y ya podía ver a la gente corriendo hacia los techos con ganchos y redes para recolectarlo.

“Una señal favorable, quizás, pero también significa que enfrentaremos un viento en contra inoportuno,” comentó Jonathan, mientras una de las semillas expulsadas impactaba en la torre y deslizaba por ella con el sonido del seda rozando la piedra. “El capitán Montgomery estará muy disgustado.”

“Oh, no seas tan sombrío,” dijo Antomine, quitándose su pesado abrigo exterior y respirando profundamente el aire, que llevaba los aromas de tierras lejanas. “Al menos, esto nos permitirá disfrutar un buen rato en cubierta.” Jonathan frunció el ceño, y decidió no señalar que la mayoría del tiempo sería demasiado ventoso para que pudieran disfrutar de algo.

El paternoster se detuvo bruscamente y los aviadores sacaron su carga, a lo largo del mástil donde estaba atracada la Endeavour, y rumbo a la rampa que conducía a la cubierta inferior. Jonathan los dirigió hacia la mitad de la nave, los siete marchando en fila por la pasarela metálica. Montgomery esperaba allí, vestido con su mejor uniforme de capitán, con la pipa en mano y observando los preparativos finales con un ojo crítico.

—Permiso para abordar, capitán —dijo Jonathan formalmente, aunque era el propietario mayoritario de la Endeavour tras la renovación.

—Con permiso —respondió Montgomery, haciéndolos entrar con un gesto—. Bienvenidos a la Endeavour.

Jonathan había abordado muchas otras aeronaves antes, desde grandes transportes de carga hasta pequeñas embarcaciones improvisadas que apenas mantenían intacto el globo. La Endeavour reconstruida era, con mucho, la más limpia y ordenada, el brillo de su reciente

restauración visible en las paredes pintadas con colores vivos y en la rejilla limpia que cubría el suelo. Las lámparas de luz Zint recorrían el techo del pasillo, proporcionando una iluminación suave, indirecta y sin sombras.

Montgomery les dio un recorrido breve mientras los guiaba por las cubiertas; la inferior era para carga, la del medio para la tripulación, y la superior para los pasajeros. Cada cubierta estaba rodeada por barandillas, y la del medio tenía artillería colocada en intervalos adecuados. La cubierta más alta tenía una docena de camarotes, seis a cada lado, con alojamiento y comedor en la parte trasera, mientras que en la parte delantera se encontraba una amplia sala de observación—para un barco—con paneles de vidrio que permitían contemplar el paisaje. La gata de la nave descansaba allí, de espaldas, profundamente dormida, sin ni siquiera abrir un ojo al mirarlos.

Toda la cubierta estaba cubierta con una alfombra de color azul pálido, salvo donde estaban los muebles anclados al suelo. Era una precaución que, en realidad, sería algo inútil ante la gran cantidad de objetos que estaban llevando, aunque nadie quería ser aplastado por una cama mal asegurada en medio de una tormenta. Si Eleanor o Antomine se mostraban decepcionados por la estrechez de las habitaciones, no lo demostraron.

—Partiremos en una hora, salvo imprevistos —les comunicó Montgomery en la sala de observación, mientras los aviadores descargaban cajas en las habitaciones. La tarea de desempacarlas quedaba para los pasajeros. —Ha habido varias molestias menores, así que prefiero no retrasar la salida ahora que ya están a bordo. Hasta entonces, siéntanse libres de acomodarse.

—¡Sí, capitán! —dijo Antomine, aunque pareció poco cortés, ya que él no era aviador, y Montgomery miró a su alrededor para ver si alguno de los otros tenía algo que decir antes de irse a supervisar los preparativos finales.

—¿Me presentarás a tus responsables? —preguntó Jonathan de manera franca, una vez Montgomery se alejó. Dudaba que Antomine ignorara quiénes eran los verdaderos jefes de Eleanor, y si lo sabía, era mejor aclararlo ahora y aquí, antes de que surgiera una crisis inevitable.

—John y James —respondió Antomine, aunque no había diferencia visible entre los dos guardianes.

—Marie y Sarah —dijo Eleanor señalando a la alta y pálida y a la baja y oscura en serie. Antomine y Eleanor se miraron con sonrisas iguales, y Jonathan sintió de repente que compartía la nave con niños. Le recordó, con cierta fuerza, su primera expedición, hacia el lejano sur con su padre.

—Encantado de conoceros —dijo, aunque en parte no lo sentía, y volvió la vista hacia los dos principales. —Deberían intentar desempacar y asegurar cuanto puedan antes de partir. Puede parecer estable ahora, pero eso es porque estamos atados a las torres. Cuando comencemos a movernos, probablemente tendrán dificultades para mantenerse en pie.

Jonathan los dejó para que lidiaran con su equipaje y solo tomó un objeto de una caja en su cabina, luego bajó por las escaleras. Esquivó a los marineros apresurados, todos preparando la nave para la partida, y avanzó hacia la proa hasta llegar a la cabina de mando. Por costumbre antigua, necesitaba tanta autorización para estar allí como para abordar la nave inicialmente, pero cuando

Montgomery vio lo que sostenía, le hizo señas para que entrara.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Montgomery, mirando el enredo complejo de engranajes y diales. —¿Un verdadero triskolabe?

—Sería muy peligroso cruzar más allá de Danby's, de lo contrario —confirmó Jonathan, entregándole el objeto. Por supuesto, el triskolabe requería ciertos materiales y artesanía que el Rey Iluminado no favorecía. Más allá del compás, que señalaba norte y sur, y del lazo de zint invertido, apuntando a Beacon, un triskolabe usaba dos técnicas que no eran propias del razonamiento humano. Los Huesos de Zumar, que anhelaban encontrarse en el gran cementerio al sur y oeste, y la Lente de los Tontos, un ojo mecánico que permitía a un navegante vislumbrar más allá de la luz del zint y que funcionaba como punto de calibración del mecanismo.

—Te aconsejo usarlo con moderación, sin embargo —advirtió—. En mi último viaje, el navegador necesitó laudanum para dormir semanas después de que nos desviáramos por una tormenta y tuvo que guiarnos de regreso.

—Lo tendré en cuenta —dijo Montgomery con seriedad, levantando el triskolabe y colocándolo con cuidado junto al astrolabio de navegación. Incluso con toda su experiencia, a Jonathan le costaba descifrar el complejo mecanismo de relojería y no lograba imaginar cómo estaba conectado con las aletas y palas fuera de la cabina de mando. El navegador apenas echaba un vistazo al triskolabe, ocupado con una lista de comprobación mientras ajustaba las levas en su consola.

—Te dejo para que continúes —dijo Jonathan, mirando alrededor en la tranquila prisa de los marineros—. Saber cómo fabricar una cosa así no es lo mismo que saber cómo usarla.

—Lo aprecio mucho, Señor Heights —respondió Montgomery, con una sonrisa en su rostro curtido—. Te sorprendería cuántos pasajeros creen poder indicarme cómo hacer mi trabajo.

Menos de una hora después, según el cronómetro de pie en la sala de observación, el Endeavor soltó sus amarras y sus motores se encendieron con un estruendo. La intensa luz azul de los motores de zint, llevados a su máximo rendimiento, brillaba contra las torres ennegrecidas de los astilleros mientras avanzaban hacia el este, sobre la ciudad. Eleanor casi se pegaba a la ventana frontal, y Antomine estaba casi tan ansioso. Los guardias mostraban mayor reservancia, con las llamadas doncellas observando cautelosas y los acompañantes de Antomine en sus propios camarotes, sin mostrar ningún interés particular.

Jonathan observaba la escena con una nostalgia extraña, recordando otras expediciones en tiempos más felices. Antes había estado igual de emocionado y maravillado al ver la ciudad blanca debajo de ellos, el campo envuelto en una bruma que se extendía en todas direcciones. La vía iluminada trazaba líneas rectas desde las murallas de la ciudad, mientras las granjas y estancias formaban una trama más tenue. Incluso tan cerca de Beacon, el zint no era completamente omnipresente. Las granjas demasiado pobres para costear faroles y postes estaban iluminadas por la luz verde de hongos refugio, formando charcos dispersos y poco ordenados en lugar de las líneas nítidas de la infraestructura de zint.

Las luces de otros dirigibles se movían aquí y allá, proyectando círculos de luz sobre granjas y caminos. Incluso en tierras humanas profundas, de vez en cuando emergían cosas de la oscuridad, y siempre existía la amenaza latente del Culto de la Llama al sur o de Invidus Croft al norte. La armada del Rey Iluminado patrullaba constantemente los territorios colonizados, aunque más para detectar posibles incursiones que para defender pueblos o granjas de las bestias monstruosas.

"Qué vista tan magnífica," dijo Eleanor con admiración, casi colocando su rostro contra el cristal. "Toda esa luz dispersa en la oscuridad. Es como— me hace sentir algo, pero no estoy segura de qué."

"Eso piensan la mayoría," afirmó Jonathan. Había en ello algo que tocaba el espíritu humano, tal vez recuerdos fragmentados de razas antiguas de un pasado olvidado. La vista no era un secreto que volviera locos a los hombres, sino uno que sembraba melancolía en sus corazones después de demasiado tiempo contemplando la oscuridad salpicada de luces.

"Los humanos somos criaturas de la luz," observó Antomine, con las manos cruzadas tras la espalda. "Siempre sentimos su atracción, y sin ella estaríamos perdidos. A diferencia de muchas cosas en este mundo, que rechazan la luz y prefieren la oscuridad." Se erguía firme en el suave balanceo del dirigible, sus ojos con pupilas blancas reflejados en el cristal. Las palabras no estaban erradas, pero había algo en su modo de decirlas que inquietaba a Jonathan, que le faltaba la recitación automática de las escrituras o el fervor de un zelote. Antomine era un creyente reflexivo, y por eso aún más peligroso.

"Entonces, ¿hacia dónde vamos desde aquí?" preguntó Eleanor. Jonathan levantó una ceja, y ella rodó los ojos. "Sí, hacia el este, lo sé, pero los mapas no cuentan mucho de esa historia."

"Bueno." Jonathan la observó a ella y a Antomine, sin prestar atención a las guardias del Consejo Espejado. "Desde aquí hasta el Punto Danby es decisión del capitán Montgomery. Conozco esa región del territorio humano, pero Montgomery tiene contactos y puertos favoritos por el camino. La última vez que hablé con él, planeaba detenerse en el Alcance de Autocton y Wither antes de llegar a Danby's." Aunque en la sala de observación no colgaba ningún mapa, todos ellos debían estar suficientemente familiarizados con la geografía del reino para seguir esa información.

"Supongo que no está tan mal," comentó Eleanor, frunciendo el ceño al pensarlo. "Pero no es muy emocionante, eso sí."

"¿Y después?" preguntó Antomine, volviéndose hacia Jonathan. "Es mucho más complicado navegar sin la luz de la civilización para guiarnos."

"Lo que venga después dependerá de las condiciones en el Punto Danby. El clima, las provisiones, informes de bestias o caravanas. O de peligros más esotéricos." Jonathan hacía tiempo que había aprendido a no descartar ninguna noticia de las personas resistentes que se arriesgaban a explorar los límites de los territorios habitados, aunque fuera solo murmullos y corazonadas.

"Supongo que tiene sentido," dijo Antomine, algo insatisfecho con la respuesta. "Espero que en su momento nos dé una explicación más clara. Parece poca la utilidad de mantener ese secreto."

"He dedicado toda mi vida a la exploración, y sería difícil condensar ese conocimiento en unas pocas semanas de viaje," explicó Jonathan. "Sin mencionar que hay algunos aspectos en los mapas que no se pueden traducir ni explicar sin una visión que no siempre se logra obtener fácilmente."

Jonathan no mencionó que si revelara toda la extensión del viaje y lo que se requiere para completarlo, sería difícil evitar la oposición. Antomine, o quizás alguna criada de Eleanor, querrían tomar el mando en nombre de sus respectivos intereses. Eso no sería bueno para nadie, y lo mejor sería evitarlo.

"Bueno, no es que tengamos muchas opciones, ¿verdad?" dijo Eleanor, apartando a regañadientes la vista del paisaje del ventanal frontal. "He leído algunas cosas, pero creo que unas lecciones de alguien que ya estuvo allí serán de gran ayuda."

"Sí, en efecto," dijo Jonathan, golpeando con los dedos el pomo de su bastón mientras meditaba. "Eso, y lecciones sobre la propia Endeavor. Podemos ser pasajeros, pero creo que todos preferiríamos ser útiles en una emergencia, en lugar de un peso muerto." Jonathan era bastante hábil en el mantenimiento, y siempre había algo que requería fuerza bruta en cualquier situación.

Jonathan dejó a los demás observando el paisaje y se retiró a su camarote para terminar de desempacar. La mayoría de sus cajas podían mantenerse selladas hasta más adelante, como las especias que había traído. Le había tomado apenas una larga y laboriosa etapa de comidas insípidas y hervidas para aprender la importancia de llevar sabor. Lo que realmente necesitaba en ese momento eran libros, ropa y artículos de aseo — y unos cuantos armas, ya que nunca era prudente estar desarmado, tanto en lugares civilizados como en los demás.

Los primeros días estuvieron destinados a acomodarse, a que las personas recuperaran —o redescubrieran— su equilibrio en el aire y se familiarizaran con los espacios estrechos y el menú limitado, aunque sustancioso. En realidad, la Endeavor contaba con mejor equipamiento que algunos de sus viajes anteriores, y le alegraba no haber recibido quejas de los otros pasajeros, quienes seguramente estaban acostumbrados a alojamientos más lujosos.

Jonathan se dedicaba con empeño a extraer una síntesis útil de toda una vida de experiencias, además de decenas de libros de referencia, para ofrecerla a sus compañeros pasajeros cuando sonó la alarma general a través de los tubos de comunicación instalados en los pasillos. El sonido de la campana frenética le sacudió por dentro, y volcó su silla al saltar de pie. Solo se detuvo para tomar un pistola y asegurarse de que el cartucho de cristal de Zint estuviera en su lugar y lleno, y salió apresuradamente al pasillo con su bastón en mano.

—¿Qué pasa, Capitán? —preguntó, usando el tubo situado al final de la cubierta. Antomine apareció un momento después, acompañando sus guardias, quienes salieron de sus habitaciones tras él y se acercaron lo suficiente para escuchar la respuesta de Montgomery.

—Detecté una nave en sigilo, en camino de interceptarnos —retornó la voz de Montgomery por el tubo, con un tono plano y metálico por la atenuación—. Aunque esos motores que tienes nos dan ventaja, ellos simplemente tienen más que nosotros. Nos alcanzarán en unos minutos, y dudo que vengan a cenar.

—Para eso está el armamento de la nave, ¿no es así? —dijo Antomine, casi con impaciencia—. Dudo que algún pirata pueda resistir un fusilazo de las mejores armas de Carmine.

—Así es, señor Antomine —respondió Montgomery, con solo un leve matiz de impaciencia en su tono—. Tenemos buena protección, pero no somos un buque de guerra. Dependiendo de qué tipo de nave sea la otra, la situación podría complicarse un poco.

—¿Sus guardias están entrenados con cañones de Zint? —preguntó Jonathan a Antomine, mientras Eleanor, con el cabello ligeramente desordenado, salía por fin de su camarote y se acercaba silenciosa, sin hacer preguntas. —Supongo que los artilleros del Capitán Montgomery agradecerían una mano adicional. —Antomine vaciló un momento y asintió con la cabeza.

—Enviaré a mis hombres para ayudar a los suyos —dijo Antomine a través del tubo.

—Gracias, lo aprecio —gruñó Montgomery—. Mis hombres son marineros honestos, no entrenados en la marina.

Antomine le dio a Jonathan una firme inclinación de cabeza y rodeó a Eleanor para informar a su gente de su misión. Por ese momento, al menos, Jonathan se sintió agradecido de contar con alguien con formación militar adecuada. Eleanor lo observó partir y luego se volvió hacia Jonathan, inclinando la cabeza en señal de pregunta.

—Deberías preparar a tus sirvientes y a ti mismo —dijo Jonathan—. La piratería no es lo suficientemente frecuente como para que piense que esto sea un ataque aleatorio. Sospecho que tiene un objetivo preciso, y un simple costado no será suficiente para disuadirlos.

Eleanor respondió, en lugar de palabras, con una sonrisa cruel y áspera que revelaba aquella parte de ella que había contemplado las sombras bajo las luces resplandecientes de Beacon. Solo por un instante, luego desapareció y ella también. Jonathan apretó los labios, mirando el pasillo vacío, y luego se dio la vuelta, subiendo las escaleras y abriendo la escotilla del castillo superior.

El viento le azotaba mientras circunnavegaba la espina dorsal de la nave, donde la envoltura superior se conectaba con el casco inferior. Frunció los ojos, tratando de distinguir en la oscuridad tras el Endeavor, encontrando el tenue resplandor azul de los motores ocultos a menos de una milla de distancia. El resto de la nave permanecía en la penumbra, salvo quizás una débil iluminación en la puente para el capitán y el navegante, pero él podía notar que se acercaba. Calculó que había unos diez minutos más antes de que estuviera al alcance de los cañones de la Endeavor, pero podía intuir que habría problemas antes, así que decidió mantenerse en la cubierta mientras las dos naves se aproximaban.

Sus ojos eran muy, muy buenos, pero incluso él apenas logró captar el parpadeo de movimiento unos minutos después, en la luz reflejada desde el Endeavor. Jonathan apuntó con su pistola y disparó. El rayo de luz pasó de largo, pero aún así reveló la figura con gafas y aspecto de murciélago, con un traje de alas y un pequeño motor zint atado a la espalda. Un instante después, el intruso aterrizó en la cubierta, agazapado y sacando otra pistola, algo mucho más inquietante que la que llevaba Jonathan. En ese momento, también el artillero trasero abrió fuego, lanzando zint al vacío con las ráfagas rápidas del cañón de persecución. No estaba seguro si el artillero logró

herir a alguien, pero iluminó varias formas más.

Jonathan se agachó para volver debajo de la cubierta, los rayos de zint zumbando en la tapa de la escotilla por encima de él, casi cubriendo el sonido de otros pasos que llegaban al suelo. Creyó que la escotilla era el mejor lugar para detener la invasión, por lo que guardó la pistola en la funda y sacó su espada del bastón. A esa distancia, una vara de acero era más rápida que intentar apuntar y disparar una pistola — que contaba con solo nueve cargas restantes.

Un ruido detrás de él hizo que mirara hacia atrás y viera a Marie, la doncella alta y de tez clara, aún con su vestido, armada con un par de largas stiletto negras. El estruendo y la furia del combate resonaban desde las escaleras con un impacto sorpresivo, y él hizo un gesto con la cabeza hacia abajo. Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento y desapareció en las escaleras en extremos pasos silenciosos.

Un momento después, la escotilla se abrió, con el cañón largo y amenazante asomándose, y Jonathan reaccionó de inmediato, alcanzando la mano del hombre que sostenía la pistola y arrastrándolo para que entrara. El intruso chilló, transformándose en un grito de terror cuando Jonathan clavó tres pies de acero en su pecho. La sangre arterial salpicó, oscura bajo la luz de zint, mientras el cadáver bajaba por las escaleras y Jonathan colgaba la pistola en la correa de su cinturón. No esperaba acertar con un arma desconocida, pero era mejor tenerla que dejarla.

Volvió a cerrar la escotilla, esperando al siguiente agresor, pero tras unos segundos se abrió ligeramente y un cilindro brillante disparó hacia él. Jonathan lo atrapó por reflejo, y un estremecimiento de miedo lo recorrió al reconocer lo que sostenía. Saltó hacia adelante para abrir la escotilla, usando toda su fuerza para apartar lo que intentaba mantenerla cerrada, y fue recibido con un grito de sorpresa cuando su empuje hizo retroceder a uno de los intrusos. Lanzó la granada de zint de vuelta al suelo y cerró la escotilla, manteniéndola firme durante dos largos segundos antes de la explosión. La escotilla vibró contra su agarre, la vibración le entumeció los dedos.

Jonathan reprimió un estremecimiento. Incluso con su experiencia, había algo profundamente desconcertante en tener la muerte inminente en sus propias manos. Tuvo que forzar la trampilla nuevamente, el metal chirriando mientras el marco deformado protestaba por su ajuste, y la luz que brotaba del interior mostraba tres cuerpos aún inmóviles tendidos sobre la cubierta carbonizada y abollada. A pesar de ello, emergió con cautela, sin confiar del todo en que la granada hubiera acabado con todos ellos.

Efectivamente, había un cuarto hombre a cierta distancia, intentando levantarse. Jonathan cruzó el espacio en un abrir y cerrar de ojos, clavando la hoja de su espada-cachava en el cuello del hombre, y la fuente de sangre que brotó no le hizo detenerse. Le gustaría dejar a alguien con vida para interrogarlos, pero no se atrevía a dejar un enemigo a espaldas. No cuando el resto de la nave aún era un peligro.

Tres cortes rápidos aseguraron que el caído junto a la trampilla permaneciera así, y descendió de nuevo, cuidando de no dejar huellas de sus botas en las escaleras ensangrentadas. Hizo una rápida exploración de la cubierta, asegurándose de que no hubiera intrusos aguardando en la sombra, y después siguió los ruidos hacia un nivel inferior. Aunque los abordantes no pudieran tomar la nave,

podían impedir que alguien manejara las armas, y eso sería un desastre.

Lo que encontró fue un pasillo con manchas quemadas y derretidas por la descarga de zint, y uno de los guardias de Antomine destruyendo sistemáticamente a un par de hombres en trajes de alas. El hombre —Jonathan no podía distinguir cuál de los dos era, pues ambos parecían idénticos en la armadura y nunca había visto a ninguno sin ella— llevaba un bastón largo en lugar de espada o pistola, y lo utilizaba para batter a un lado los sablecillos de los abordantes. Jonathan hizo una mueca al escuchar el crujido del bastón, mientras la guardia apuntaba con precisión a las muñecas, codos, clavículas y costillas. Había varios piloto-aíres caídos contra el suelo y las paredes, y Jonathan esperaba que sus heridas no fueran graves, pero estaban siendo atendidos por sus compañeros, así que siguió adelante.

Casi tropieza con otro intruso desplomado en la esquina del pozo de las escaleras, muerto por una única herida punzante justo sobre el corazón. El pasillo que conduce a la cubierta principal tenía al otro guardia de Antomine, sosteniendo la puerta de mando a pesar del daño evidente en su armadura. Más señales de combate, pero ya no quedaban atacantes en pie. El sonido de una detonación provenía de abajo, y Jonathan se apresuró por la escaleras hacia la última cubierta.

El humo salía de una pila de cajas donde los restos del zint armamentístico habían perforado madera y metal por igual, siendo absorbido por una brisa intensa que entraba por las puertas abiertas donde los intrusos habían hecho su ingreso. Incluso mientras observaba, alguien con un traje de alas más pesado y ornamentado que los demás balaceaba con una lanza de abordaje curvada al aire, y luego se doblaba hacia atrás al recibir una puñalada invisible en la espalda. Eleanor titiló mientras limpiaba sangre de su manga, desapareciendo en las sombras, mientras Sarah, la joven y morena sirvienta, protegía a Marie herida de disparos de zint con un escudo hecho con tubos de repuesto.

Los únicos atacantes restantes eran una pareja que luchaba espalda con espalda cerca de una de las puertas traseras de carga, y justo cuando él observaba, uno de ellos arrojó otra granada en dirección a las sirvientas. Jonathan se adelantó rápidamente, desviándola con su espada-cachava hacia la puerta más cercana, y después saltó sobre las cajas apiladas para enfrentarse a los agresores. Antes de llegar, el más cercano de los dos le mostró una sonrisa adicional en el cuello, derrumbándose en una pila de asfixia mientras la daga de Eleanor atravesaba la columna vertebral del segundo hombre. Ella le lanzó una sonrisa malévola.

Me encargaré del incendio y de las criadas, atenderé el resto de la cubierta. La parte superior y la mitad ya están bajo control —le dijo Jonathan, y ella asintió brevemente antes de desaparecer nuevamente de su vista. Por unos momentos le costó localizar el depósito de agua, el recipiente de metal construido en la parte superior de la cubierta, pero al menos había cubos almacenados apropiadamente cerca y un grifo de emergencia. Eso fue suficiente para extinguir el fuego antes de que se propagara, y saltó hacia abajo para ofrecerle una mano a Marie.

Por las manchas de sangre que manchaban su costado derecho, parecía que había recibido fragmentos de la granada zint, y él dio un respingo mientras la ayudaba a ponerse en pie. Aunque no confiaba completamente en los compañeros de Eleanor, no le deseaba ningún mal particular a ninguno de ellos, especialmente no aquel que requiriese una cirugía extensa. Ella abrió la boca

para murmurar un agradecimiento, pero fue interrumpida por el retumbar de un cañón zint disparándose. Luego otro más, a medida que la nave se escoraba, acercándose para enfrentarse a su atacante.

Eleanor reapareció justo cuando se acercaban a las escaleras, y Jonathan no protestó cuando ella ocupó su lugar junto a Marie. Dos tripulantes sin herida alguna, uno corpulento y otro delgado, emergieron del hueco de las escaleras y casi se topan con ellos. El primero, de complexión robusta, intentó ayudar a las mujeres, pero Eleanor lo miró con dureza y le hizo señas para que regresara a atender el caos en la bodega de carga.

—Estamos bien, asegúrate de eso —ordenó ella, y ambos hicieron una salva en señal de reconocimiento.

—Sí, señora —respondió el delgado, y ambas figuras pasaron rápidamente junto a ellos. El constante retumbar de los cañones zint persistía mientras Eleanor y Sarah llevaban a Marie a la cubierta superior, y Jonathan recorrió las plantas medias, con su sable de caña desnudo en ángulo a su lado, por si acaso. De los veinte o más miembros de la tripulación, parecía que casi la mitad había resultado herida de alguna manera, y, a juzgar por las manchas de sangre, los abordantes habían sido arrastrados hasta la cantina. Él cambió de dirección, deteniéndose en la puerta del puente, donde Montgomery daba órdenes y el marinero las transmitía a través de diversos tubos de comunicación.

—Y que sea rápido, porque se with a storm on the way —terminó Montgomery, y Jonathan entrecerró los ojos, mirando a la oscuridad más allá del puente. A lo lejos, relámpagos iluminaban el cielo y el sonido de truenos lejanos se mezclaba con el retumbar de los cañones.

Revisión #1

Creado 14 septiembre 2026 05:02:05 por Jessica Jones

Actualizado 14 septiembre 2026 05:02:05 por Jessica Jones